



LIBROS

LA POESÍA DE ESTHER DE CÁCERES

Esther de Cáceres: MAR EN EL MAR. — Edición Reuniones de Estudio, Montevideo, 1947

"En mi propia experiencia de la apreciación de la poesía siempre he encontrado que cuanto menos sabía acerca del poeta y su obra, antes de empezar a leerla, tanto mejor": así comienza T. S. Eliot su célebre ensayo sobre Dante, defendiendo la posición del contacto directo, sin intermediarios eruditos, entre la obra y el lector (que en este caso, no hay que olvidarlo, es nada menos que T. S. Eliot, lo cual invalida toda generalización prematura de esta teoría).

Imposible semejante actitud frente al último libro de Esther de Cáceres, sobre todo por razones de amistad. Y no de amistad cualquiera, sino de la que Gabriela Mistral, hablando de Esther, ha denominado "amistad aristotélica y juanista", con el recuerdo presente de su propia experiencia y el testimonio de Parra del Riego. Que la amistad no enturbie al más acerado sentido crítico, no sólo es posible sino evidentemente cierto; pero impide el ideal de Eliot, pues el conocimiento personal se mezcla al conocimiento de la obra, y a veces inconscientemente, la complementa, la integra o la corrige.

En el caso de Esther de Cáceres existe la ventaja de una unidad indisoluble entre su vida y su poesía, nutridas ambas en la misma fuente: la doctrina católica pensada y actuada con ardorosa sinceridad. Detrás de su poesía hay un sistema de ideas elaborado, meditado, rigurosamente vivo, que es el motor de todo lo demás.

Intelectualmente, se ha compenetrado con la exposición moderna de la "philosophia perennis" a través de Jacques Maritain y Réginald Garrigou-Lagrange, especialmente, y

adoptado, como es natural, los principios estéticos que suscribe el primero de los nombrados en "Arte y Escolástica". De ahí su predilección por la antigua Orden de Predicadores, los dominicos, pues en ella se custodia celosamente el inmenso legado de Santo Tomás de Aquino en lo que tiene de esencial, con espíritu de comprensión amplia para los nuevos problemas de nuestro tiempo, como lo prueba el surgimiento dentro de la Orden del grupo "Economía y Humanismo" y su particular concepción de los procesos sociales de la época actual.

Desde el punto de vista ascético y místico, se relaciona, en cambio, con los benedictinos, iniciadores de un vigoroso movimiento litúrgico dentro de la Iglesia, que aspira a un acercamiento a Dios por medio de la Belleza en todos los aspectos de la vida, aún los más humildes, y de manera particular en lo referente a las ceremonias del culto. A ellos se debe, entre otras cosas, la restauración de la música sacra y el canto gregoriano, promovida en las grandes abadías europeas, y cuya presencia se multiplica en la poesía de Esther de Cáceres: así, por ejemplo, en "El Ángel de la Música", cuyos antecedentes lejanos podrían encontrarse en las reuniones benedictinas de Montevideo, o en las visitas a las abadías de Argentina y Brasil.

Una tercera influencia proviene de la lectura apasionada, en carne viva, de León Bloy. Bloy puede figurar entre los reformadores providenciales que surgen en el seno de la Iglesia en los años difíciles para la fe, semejante en muchos aspectos a Santa Catalina de Siena, cuyas cartas Esther repasa continuamente. Fué el fustigador violento de los católicos aburguesados y farisaicos, y le correspondió el papel de guía espiritual de una generación singularmente brillante. Trajo un soplo de sinceridad medieval, de savonarolismo, en una época de ingenua idolatría materialista. Por eso Esther de Cáceres pudo relacionar adecuadamente, en una conferencia, el misticismo de Bloy con el cristianismo de Dostoievsky (analizado ya agudamente por Soloviev): y, además, dictar un curso sobre Tolstói, demostrando una vez más una preocupación primitivista, pero perfectamente ortodoxa, en su enfoque del cristianismo.

Finalmente, es necesario detenerse brevemente en el tema de los ángeles, que ocupa en su poesía un lugar privilegiado.

El tema de los ángeles ha tenido, según Gabriela Mistral, una evolución que aranca en Dionisio Areopagita, pasa a través del Cardenal Newman, y llega hasta Eugenio D'Ors ("cuando le importaba más el Areopagita que el General Franco"), quien los difundió en España (Rafael Alberti) y en América (Esther de Cáceres). Los de Esther son ángeles, naturalmente, católicos, con los atributos prefijados por la tradición teológica más insospechable; son ángeles vivos, dentro de la vida que alienta en tal especie de espíritus purísimos, y por lo mismo, nada tienen que ver con los feos ángeles de papel pintado, que figuran en la categoría de los meros recursos retóricos. Los ángeles de Esther son los que se veneran en la Iglesia definitivamente desde el Concilio de Nicea, y cuya creación fué formalmente definida en el IV Concilio de Letrán: espíritus superiores a los hombres, de quienes son sus custodios, puros e incorpóreos a la vez, actúan como enviados de Dios. De los ángeles malos ("In Angelis suis reperit pravitatem", Job, cap. IV) se ha encargado Don José Bergamín en una de sus más jugosas conferencias, pero no figuran en el libro de Esther.

Quedaría por señalar, dentro de estas diversas influencias, lo que para la autora es algo más que literatura, pues Don Miguel de Unamuno tiene en su vida el valor de un

ejemplo, una orientación, una rectoría espiritual en el más alto sentido, presidiendo su salón, como el más venerable de la casa, desde el mágico retrato de Torres García. "Rezar por don Miguel", "ir a la misa que se celebrará por el alma de Don Miguel", son expresiones corrientes que no sorprenden a quienes están cerca de Esther.

Su posición estética es muy simple, y por estar fundamentada en una cultura sólida, ordenada, carece de atractivos fáciles y se complace en ignorar al último autor de los catálogos literarios. Se formó, en gran parte, en el grupo de *Teseo* (aún no se ha estudiado suficientemente lo que ese grupo significó para nuestra cultura, como receptáculo y al mismo tiempo centro irradiante de las corrientes modernas, similar al *Martín Fierro* porteño): nostálgicamente, aún hoy, alguno de los representantes de la espléndida dinastía de los Dieste ocupa un momento de cada día de Esther. Su poesía, ella lo sabe y lo dice sencillamente, es simbolista, porque esa es la técnica que necesita para expresar lo que quiere ("¿y qué en arte no es simbólico en mayor o menor grado?", pregunta Paco Espinola en el prólogo a "El Prodigio" de Ernesto Pinto). Mientras el simbolismo le sirva, las escuelas posteriores y la moda literaria la dejarán indiferente; por lo demás, en el tono místico actual, su poesía encontrará en el simbolismo, justamente, los mejores recursos, el más fino acento.

Su misticismo ha sido concluyentemente definido por su amiga entrañable, Gabriela Mistral: "Todo es carne para la humanísima Esther, aunque ande desde hace años enamorada de los ángeles". No debe extrañar que algunos sólo vean lo humano en su poesía, herejeros nada originales de quienes suscribieron una interpretación erótica del "Cantar de los Cantares".

La unión con Dios, el amor a Dios, sólo puede expresarse, aún en los místicos mayores, en términos puramente humanos. Verdad recogida por Graham Greene en "El Poder y la Gloria", cuando el sacerdote dice: "Amar a Dios no es distinto que amar a un hombre... o a un niño. Es querer estar con Él, estar cerca de Él. — ... Es querer protegerle a Él contra Ud. misma". (Pág. 246).

Humanidad y misticismo: su obra poética ha oscilado entre uno y otro polo, desde *Las Islas Extrañas* (1929) hasta *Mar en el Mar* (1947), pasando por *Carción de Esther de Cáceres* (1931), *Libro de la Soledad* (1933), *Los Cielos* (1935), *Cruz y Extasis de la Pasión* (1936), *El Alma y el Ángel* (1937), *Espejo sin muerte* (1941), *Concierto de Amor* (1944), y *Antología* (1945). Vuelta a la alegría por la contemplación franciscana de la naturaleza y el acercamiento a Dios, y exaltación consiguiente de la persona humana: durante años G. K. Chesterton sostuvo victoriosamente esta tesis, y no en balde Alfonso Reyes ha soslayado que G. K. Chesterton fué, antes que nada, un gran poeta.

Mar en el Mar comprende cinco partes: *Recuerdo de un laúd*, con sus ocho madrigales: *El Ser y el Tiempo*, donde figuran los cantos a las cuatro estaciones y otros poemas; *Pilar de los Angeles*, con los poemas al Ángel de la Música, al Ángel del Sol, al Ángel de la Luna, al Ángel del Templo, al Llanto y al Silencio; *Siete Saetas y Trances de Amor*.

La poetisa ha sorteado con éxito las dificultades inherentes a la utilización del madrigal, composición breve, epigramática, peligrosamente proclive a la vulgaridad. Considerados aisladamente, estos madrigales podrían ser interpretados en forma disjunta a su ver-

dadera sustancia; pero con relación al estado actual de la poesía de Esther, no cabe duda sobre su clarísima intención mística. Tal el "Madrigal en un jardín":

Tú sonrías y se despierta
un jardín.
¡Qué silenciosas las flores!
¡Ay de mí!

Quiero oírte, y más fragante
es el silencio encantado
del jardín.

¡Ay de mí!
Tú sonrías...
Ya tú y yo
somos un solo jardín...

¡Qué silencioso jardín!
¡Ay de mí!

En la segunda parte, *El ser y el Tiempo*, a pesar de la presencia de los Angeles la naturaleza ocupa el primer plano, y además de los poemas de las cuatro estaciones, los demás cantan a la flor, al árbol, a la fruta, excepto el sombrío "Tiempo de Pasión":

Música de la Muerte redobla entre tu cuerpo
y mi cuerpo. Redobla entre tu sombra
y mi sombra.
Redoble en los confines del Amor y la Noche...

.....
Ahora estás muerto, Amor, bajo todas las rosas
tristes, ardientes, ávidas, que mi pasión deshoja.
Y por mis sienes, como de una herida,
corre tu sangre, última flor de vida.
Ya llega a mi mejilla —sola flor sin espinas—
y canta su pasión, su vida herida.

Los Angeles ocupan la tercera parte, cielo en la tierra, reflejos sutilísimos de la Divinidad. El Angel de la Música:

Tu profundo misterio
cerrado, no movido,
no tocado por aire, por mano, por llovizna,
hoy se me muestra.

Y el Angel de la Luna:

Venas vivas de flor, arboleda sin nidos,
tu ausencia y tu presencia son la desconocida
cítara atravesada de este sueño sin sueños.
Ya llego a tus umbrales sagrados y detengo
el paso herido, la angustiada huella...
Quiero desandar todos los caminos del sueño:
volver a ver los ríos de topacios sagrados.

desnudarme los ojos ;mirarte custodiado
en aire lento!

Con las *Siete Sietes* Esther de Cáceres ha recogido una forma de copla popular, de contenido religioso y devoto, con los mismos riesgos que en el empleo del madrigal. La *Saeta Cuarta* es de las más bellas y, por otra parte, aclara el significado escondido del *Mar* de la poeta:

¡Qué lejos está el cristal
de la mañana!

Abandono melodiosas
arpas del mar,
y contemplo, en soledad,
siemas que nunca he tocado,
como dos flores de estío
ya olvidadas,

hombros de un cuerpo glorioso
bajo un madero invisible
curvados,

y la palma de tus manos,
palma hermana
de la palma de mis manos,
para siempre atravesada.

¡Como el crecer de las ágatas
y el mirar,
es callada
la gran arpa solitaria
de este Mar!

Los *Trances* de Amor representan con exactitud la situación presente de la poesía de Esther, dirigida cada vez más hacia la contemplación mística. Esta etapa es, desde luego, la más difícil, enraizada en una experiencia ascética personal, y sin límites posibles, pues estamos en pleno diálogo entre el Alma y Dios, en las sucesivas etapas del Amor. Nada sabemos sobre su evolución posterior a partir de este punto: si ganará en extensión, ramificándose, o si penetrará cada vez más hondo, en el arrobamiento, en el éxtasis.

Pero podemos afirmar, eso sí, que *Mañ en el Mar* señala una culminación en la obra poética de Esther, tan apreciada por Gerardo Diego, y no solamente un pasaje. No todos estarán de acuerdo en la valoración de esta poesía, por razones estéticas, o por razones filosóficas y religiosas, a pesar de que estas últimas, como dice T. S. Eliot, no deben impedir la apreciación de una obra de arte.

De todos modos, aún con las mayores reservas de ese orden, es necesario reconocer la importancia de esta vocación poética tan fecunda, tan excepcional en su seguro avance, tan severa consigo misma, dedicada a la más alta y ardua disciplina: la poesía mística.

ADOLFO SILVA DELGADO